

NUM. 16.

NOTICIA QUE DE LA ESCUELA DE IXMIQUILPAN DIÓ EL SR. CANÓNIGO D. MARTINIANO CONTRERAS, Á CUYA FAMILIA TOCA EL HONOR DE HABER EMPRENDIDO ESA IMPORTANTE MEJORA, LA QUE ESTÁ TODAVÍA EN LOS COMIENZOS.

En el rancho de San Felipe, se han cedido dos hectaras para la instalación de la escuela y algunos cultivos propios del clima.

Los jóvenes ya adultos se adiestran en el manejo de máquinas: sembradoras, aradoras, destroncadoras, rastrillos, rodillos, etc.

Se adiestran en las obras de irrigación, zanjas, enlames, bordos.

Estudian la naturaleza y propiedades de los terrenos y semillas más á propósito para prosperar en ellos.

Se adiestran en el cultivo de cereales, de árboles frutales propios de la región, como ahucates, duraznos, chavacanos, nogales, tejocotes, moras, capulines, etc., y también se cultivan parras y chayotes.

Se intenta la construcción de establos para enseñar el cuidado de los animales. Y también se está procurando instalar invernaderos, viveros y demás dependencias para completar el cuadro, que propuso el Sr. D. Isaac González en el rer. Congreso Agrícola de Tulancingo.

Se enseña lengua nacional, rudimentos de Aritmética y de Geometría, Doctrina cristiana, Urbani-

dad y Caligrafía. Se usa del tiempo medio para los estudios. La mañana para los niños y la tarde para las niñas.

NUM. 17.

DISCURSO PRONUNCIADO POR EL SR. LIC. D. MANUEL F. DE LA HOZ, EN LA SESIÓN DE CLAUSURA DEL SEGUNDO CONGRESO AGRÍCOLA DE TULANCINGO.

ILLMO. Y RMO. SEÑOR:

SEÑORES CONGRESISTAS:

SEÑORAS Y SEÑORES:

¡Qué edad tan extraordinaria, esta edad que hemos alcanzado! Por donde quiera que se tienda la mirada, ora se fije en los centros populosos de las ciudades más cultas y civilizadas, ora se detenga en los campos más apartados del estruendo y del bullicio, el espíritu menos avezado á la observación y al análisis, tendrá que maravillarse de ese movimiento colosal, que arrastra al hombre moderno, presa de un vértigo inconcebible, hacia un ideal fantástico, que le ciega y seduce por completo.

El salvador del mundo ordenó á la humanidad en la persona del paralítico: "levántate y anda" no le dijo: "yérguete y corre." (1) El hombre, violentando esa ley divina del progreso, no mide con paso re-

[1] La verdad del progreso.—Severo Catalina.

gular y tardo las etapas de su peregrinaje, sino que, acometido de una locura que no es ¡ay! la santa locura de que hablaba el gran converso de Damasco, se lanza, más ligero que el viento, más rápido que la luz, tras el engañoso fantasma de una felicidad que le huye como el miraje del término, en las inmensas sábanas del desierto. Ensoberbecido por las conquistas deslumbradoras de su ciencia, ha creído realizar el vaticinio del padre de la mentira, el día aquel en que tuvo la desgracia de escuchar el silbido magnetizador de la serpiente, bajo las frondas paradisiacas. "Serás como Dios," le había ofrecido la más genuina encarnación de la soberbia, y prestando oídos á tan tenebrosa promesa, el hombre trastornó radicalmente su destino, vendiendo por un platillo de lentejas su divina y celestial progenitura.

La ciencia que compró á tan elevado precio, le ha podido dar cuanto ha soñado para sujetar á la materia. Ha robado al cielo, como el Prometeo pagano, la fuerza destructora del rayo, convirtiéndola en dócil agente de su voluntad, para suprimir las distancias y combatir para siempre las tinieblas. Ha sondeado con su mirada la inmensidad del firmamento y penetrado al fondo de los mares; ha pesado el volumen de los astros y descubierto el mundo infinitamente pequeño de los átomos; ha eternizado la palabra humana y la ha hecho llegar á los confines de la tierra sin necesidad de conductor alguno; se ha burlado de la solidez de los cuerpos, para sorprender sus más recónditos secretos, y, por fin, ha escrito en su pendón de guerra el "excelsior" vencedor, antítesis del valladar opuesto por el "nec plus ultra" de los pasados tiempos.

En el campo de las ciencias especulativas y filo-

sóficas, es abrumadora la tarea de numerar siquiera, los diversos sistemas que el hombre ha inventando para resolver los hondos problemas del espíritu. ¡Cuántas escuelas han visto florecer las lucubraciones de sus fundadores hoy, para mirarlas caer al siguiente día en el abismo del olvido ó del sarcasmo! ¡cuántos ídolos encumbrados y caídos sucesivamente! ¡cuántos absurdos elevados á la categoría de principios y relegados después al desprecio y al odio de sus adversarios, hasta llegar al "super homo" del tenebroso filósofo tan festejado hoy, como si hubiese encontrado la fórmula de la promesa satánica al primero de los nacidos: "sicut diis estis" . . . "Y sin embargo de todos estos progresos, de todas estas conquistas, el hombre no ha podido recoger la más mínima partícula de la felicidad soñada." La ciencia moderna ha caído en la bancarrota, según la feliz expresión de un pensador contemporáneo, porque sin cesar ha ofrecido al hombre el bienestar, la tranquilidad, la calma del espíritu, y en vez de tan halagüeña promesa, le ha arrebatado sus ideales, le ha infiltrado la duda sobre sus futuros destinos, le ha emponzoñado la vida, con ese desdén olímpico del más allá, haciendo de él la personificación del Nabuco bíblico; por más que apoye la frente en el infinito, radiosa de luz, sumerge los pies en la deleznable arcilla, que habrá de disgregarse, al menor soplo de viento, para abrir el abismo que sepulta la estatua, obra de la soberbia humana.

Condición característica de nuestra época ha sido la de divulgar y, sobre todo, extender, con mágica expansión, el enorme caudal de los modernos conocimientos humanos. Hoy la ciencia no es el patrimonio de los privilegiados. El agente estupendo de

la imprenta y la cercanía é íntimo contacto de los pueblos, gracias á la supresión de la distancia y de las fronteras; la identidad de cultura y de nivel intelectual, y el fácil comercio en que los hombres han llegado á vivir en nuestros tiempos, facilitan de tal manera la difusión de los descubrimientos, que puede decirse sin hipérbole alguna, que el sabio tiene por escenario la inmensa extensión del mundo conocido, por auditorio, la mayoría de los hombres que habitan el planeta.

Como si no fuese bastante esa comunión de ideas, que se establece tan fácilmente, cuando se ensancha el círculo de las relaciones intelectuales y se cambian teorías é impresiones, en las academias y ateneos de distintos pueblos, el ingenioso medio de más estrecha comunicación en los Congresos, ha prosperado tanto, que ya con el carácter de universales, ya con el más modesto de nacionales, hoy en día, puede asegurarse, que ningún sistema, ningún grupo de ciencias ó artes, ninguna aplicación del ingenio humano, ha dejado de tener su concurso en donde se hayan estudiado los problemas más áridos del pensamiento humano, los progresos de tal ó cual ciencia, el resultado de experimentaciones aisladas, los descubrimientos de los sabios y hasta las utopías de los soñadores y las fantásticas teorías de los ilusos.

Estaba reservado al venerable Obispo de Tulancingo, provocar la reunión del Congreso más importante que haya podido iniciarse en nuestro suelo; como que sus deliberaciones se refieren á la fuente más segura y providente de nuestra riqueza pública. Siguiendo la esplendorosa tradición de aquellos apóstoles, que al enseñar á los aborígenes de México la santa religión de la Cruz, les adiestraban en

las artes ó industrias, que más y mejor se adaptaban á sus inclinaciones ó aptitudes, vuestro prelado no sólo se consagra á difundir con la palabra y el ejemplo las enseñanzas de su altísimo ministerio, sino que os congrega é invita á que estudiéis todo ese centón de problemas que abarca el sistema agrícola de nuestra patria, porque ha entrevistado con su mirada escrutadora, que en esa labor está vinculado el porvenir sólido y risueño de esta tierra; porque ha tenido la clarividencia de comprender que si Dios quiso regalarnos con un suelo rico, exuberante, paradisiaco, dista mucho de ser adecuado el medio de cultivarlo; está por adoptarse la mejor manera de explotarlo; es muy deficiente, viciosa y atrasada la población rural que lo habita; se hallan por aplicar los sistemas de irrigación y abonos que deben multiplicar sus productos, y adolecen, en suma, los sistemas que hoy se emplean, para aprovecharse de sus espléndidos elementos de progreso y desarrollo, de rutinarios é indolentes. Sobre todo, vuestro Pontífice, ha sentido desgarrarse sus entrañas de padre, al contemplar la miserable condición de sus ovejas, las desvalidas, las abyectas, las despreciadas, que vegetan en los campos; ha sondeado el profundo abismo en que se encuentran, y no contento con enjugar sus lágrimas y derramar en sus corazones el bálsamo del consuelo cristiano, clama, insta, urge á cuantos hombres de buena voluntad quieran escuchar su llamamiento, para que le ayuden á regenerar la parte más numerosa y desgraciada de su rebaño.

Habéis acudido presurosos al amoroso reclamo de vuestro Pastor, y bajo la égida de la Cruz, que ha sido, es y será la gran civilizadora del mundo, os

habéis congregado, para discutir en este sereno y apacible recinto, las más árdidas cuestiones, que íntimamente se relacionan con la agricultura, madre primitiva y providente del trabajo humano. La obra iniciada es una obra esencialmente cristiana y radicalmente patriótica. ¡Bien haya aquel que tuvo la luminosa idea de provocarla; bien hayáis vosotros, que la habéis secundado con tanto amor, abnegación y empeño! ¡Merecéis los parabienes de la patria! Nacida esa idea al calor de un entusiasmo tan limpio de pasión mezquina, como preñado de santas ilusiones, esta obra de vuestro Congreso, hoy humilde, modesta, parca de demostraciones decorativas y de vano oropel, será mañana como el robusto y lozano tronco que extiende sus ramas y con ella su benéfica influencia, á las más apartadas regiones de la República. Es vuestra obra el grano de mostaza de la parábola evangélica, ya producirá los ópimos frutos de la simiente que se arroja en el surco, fijos los ojos en el cielo, y arraigada en el corazón la esperanza en el éxito de las empresas, que tienen por base la fe y por medios para consumarlas el deseo de cumplir el deber moral.

*
* *

Desde que el primer hombre recibió como misericordioso castigo de su falta, el anatema de amasar su pan con el sudor de su frente, la tierra se le presentó como el laboratorio gigantesco del que había de extraer cuanto hubiera menester, para dar cumplida satisfacción á las siempre crecientes necesidades de su vida. Cultivar la tierra no es otra cosa que modificar el tapiz vegetal, que la naturaleza ha creado sobre ella; propagar y acelerar esa modificación,

ha sido la tarea que el hombre ha desarrollado sin cesar, hasta llegar á obtener el dominio absoluto que hoy ejerce sobre todas esas fuerzas productoras, que tiene en humilde vasallaje. El progreso en agricultura, precisamente consiste en el aprovechamiento de esas fuerzas que la naturaleza suministra gratuitamente, ya usándolas prudentemente, ya estableciendo entre ellas la conexión más oportuna y conducente. Los elementos constitutivos de la tierra, descompuestos y analizados en el gabinete del químico y del agrónomo; el agua, ya provenga de la fecunda lluvia, ya brote en las fuentes de las corrientes subterráneas, ya discurra por el cauce de los ríos; el aire, como agente primitivo de movimiento, ó medio rudimentario de separación del grano, de la película que lo envuelve y del tallo seco, que le dió vida; el abono de los corrales, como indispensable sustituto de las sales y substancias que la planta roba al terreno en su incesante metamorfosis; el empleo de la máquina para minorar el esfuerzo muscular y acelerar el tiempo, en el crecimiento de la planta y en el aprovechamiento de su fruto; el estudio de la semilla, su mejor adaptación al terreno para obtener aumento en la producción y celeridad en su desarrollo; el medio de conjurar, ya los desastrosos efectos del pedrizco, ya la elevación de la temperatura, ora la invasión de los insectos destructores de la simiente ó de la planta; todo esto y más, mucho más, que se escapa á mi limitada inteligencia y á mi ignorancia en semejantes materias, todo, repito, con minucioso empeño, con paciencia de benedictino, ha sido estudiado por los sabios, que ya amaestrados por la experiencia, ó bien nutridos de saber y de enseñanzas, han conseguido hacer de

la agronomía, una ciencia especial, que cuenta, como la industria, como las demás ciencias, sus oráculos y sus apóstoles.

Entre nosotros, esa ciencia comienza á dar sus primeros pasos, y todavía nuestros agricultores tienen como única maestra, la experiencia. La inmensa extensión de nuestros terrenos de cultivo; la propiedad de ellos, en manos de unos cuantos, sin que la subdivisión entre muchos se compadezca con la exigua densidad de nuestra población, prohíben como en otras partes del globo, sin contar otros factores de vital importancia, la introducción de todos esos elementos de progreso, que la agricultura ha aprovechado en el viejo Continente, en la vecina República y en muchas de las colonias de las primeras potencias del mundo, que las han convertido en sus proveedoras de cereales y de los demás frutos de la tierra.

Sin embargo, aunque paulatinamente, nuestra agricultura, siguiendo la corriente incesante de nuestro progreso, en los demás ramos de la riqueza pública, va aceptando las modificaciones á su vetusto sistema, modificaciones que aconseja la experimentación, adaptándose el medio, como hoy se dice, bien introduciendo las máquinas agrícolas, bien utilizando los modernos sistemas de irrigación, bien, por último, adaptando con cautela y prudencia los grandes adelantos de la ciencia agronómica.

Pero estos estudios no han sido los que han ocupado la preferente atención de este Congreso. Ha escuchado con suma complacencia, los bien acabados estudios, presentados por algunos de sus más ilustres miembros. El Sr. Lic. D. Manuel de la Peña, que con igual acierto cultiva las letras que la

santa heredad que recibió de sus mayores, ha traído al seno del Congreso el fruto de sus desvelos por mejorar la condición de nuestros feracísimos campos, por medio de la irrigación, que es la síntesis de la ciencia agrícola. El Sr. Ingeniero D. José Segura, tan inteligente como modesto, de reputación universalmente reconocida, ha disertado sobre la inmoderada tala de nuestros montes, que ha hecho variar la bonancible faz de nuestra agricultura y amenazado el risueño porvenir de esa primera é indiscutible fuente de nuestra riqueza pública. El Sr. Dr. D. Nicolás Ramírez de Arellano, irremplazable representante del Consejo de Salubridad de México, en esta Asamblea, á la cual ha traído, no sólo el precioso contingente de sus personales luces, sino la cooperación del primer Cuerpo de Higiene pública de la Nación, os ha presentado un delicado y preciosísimo estudio sobre la salubridad de los humildes tugurios en que yacen hacinados nuestros labriegos. El señor Dr. D. Fernando Altamirano, Director del Instituto Médico de la Capital de la República, honra y prez de nuestro proto-medicato nacional, privado de la satisfacción de concurrir á vuestras sesiones, os ha mandado un trabajo de resonancia universal sobre el maravilloso hallazgo de una planta en las selvas lujuriosas de Michoacán, que produce el hule, de tan inmensa aplicación en la industria moderna. El modesto apóstol de la sericicultura en la República, el Sr. D. Homobono González, ha venido al Congreso á clamar, como los heraldos antiguos, por la extensión de una industria que aprovechándose de la admirable labor de un insecto, en el cual brilla la Omnipotencia del Creador, redimir puede á muchos seres de la miseria y de la